



CAPÍTULO X.

Las orugas, las crisálidas y las mariposas:
el diablo, la Naturaleza y el amor.

NADA hay más importante en la raza humana que la edad que corresponde exactamente al período de la oruga.

El niño no es más que la oruga del hombre: este es el período de la nutrición, del desarrollo y del trabajo para el porvenir.

La naturaleza tiene para las orugas los blandos renuevos, los jugos ácidos de las hojas y la miel de las flores.

La humanidad tiene también renue-

vos, jugos y miel, en una segunda naturaleza que se llama la instrucción pública.

A esta segunda naturaleza concurren las orugas humanas con una irregularidad funesta, con un descuido punible, y á veces con una falta tal de sentido común, que resulta consumada la más estupenda de las barbaridades por el más inteligente de los seres de la creación.

La oruga no deja nunca de extraer el jugo que le es propio para su nutrición y mantenimiento, y con una previsión y cuidado dignos de un hombre, elije el bien, evita el daño, prevé el peligro y se prepara, siempre á tiempo para la época de la abstinencia, del frío, de las privaciones y de la abnegación.

El hombre productor de orugas humanas, las mata para disminuir el censo de la población en China; las deja

vagar en las calles de las grandes ciudades, sin pan para su cuerpo y sin luz para sus almas; forja teogonías para enfermar la raza y obligarla á prorumpir en desatinos sublimes; inventa derechos de un origen oscuro, para imponerlos á su arbitrio, con la seguridad de un resultado claro.

El hombre, en fin, en virtud de la sublime prerogativa del pensamiento, se come á sus hijos y vive y se nutre embruteciéndolos, tiranizándolos y procurando que se maten unos á otros.

Todo esto en contraposición del lobo que lame y acaricia á sus cachorros.

He aquí bajo que auspicios llegamos á esta edad que se llama viril.

Tenemos que atravesar ese período de oruga humana, exponiendo cada día nuestras esperanzas y nuestro porvenir á las mil vicisitudes que rodean á la ni-

ñez, á los innumerables contratiempos de un obituario horripilante contra el cual nada puede toda la generación hipocrática.

Buscad, pues, el origen de todos vuestros males en el fondo de vuestro periodo de oruga, y lo encontrareis.

Busquémoslo en nuestros personajes, para ser consecuentes y para dar el ejemplo.

El héroe de esta historia, Chucho el Ninfo, se lo debía todo á su mamá y á su papá el señor D. Francisco el rico.

Era un animal ponzoñoso con alas. La ponzoña se la debía á su mamá, por la educación afeminada y viciosa que le diera; porque Elena tenía la dicha de haber cultivado por medio de su acaramelado cariño esa deformidad moral de Chucho; y las alas se las debía á la munificencia de su papá que se

vengaba del destino que le dió un hijo, con dorar ese gusano social para que no inspirara horror á las muchachas.

Mercedes y Angelita se casaron en estado de orugas.

Doña Rosario y D. Pedro María habían hecho lo mismo; y ante el análisis del naturalista, aparecía este matrimonio presentando el aborto de una confusión extraña entre la oruga, la crisálida y la mariposa.

Las tías cartaliginosas y magras de quienes hemos hablado, habían permanecido orugas, y ya tarde les habían salido las alas que les servirían para volar al cementerio.

Concha era otra oruga criada por doña Lola; oruga próxima á fabricar su crisálida.

Solo que hay orugas humanas que forman su crisálida en el muladar.

Pasemos á examinar ahora las crisálidas.

Doña Rosario y D. Pedró María, habían ayudado á Merced y á Angelita á fabricar su crisálida; cosa que en la historia natural no acontece, y tal vez en esto encontraremos que las crisálidas eran deformes.

La educación de antaño, de la que aun saboreamos los funestos resabios, era la crisálida moral de los educandos.

La oruga de los jardines previendo la época de las tempestades y del frío, época que se puede comparar con la de las pasiones, se fabrica su cárcel imponiéndose el duro sacrificio de la abstinencia y hasta de una especie de muerte; pero para resucitar convertida en mariposa á una vida mejor.

La educación del hombre tiene por objeto enseñar ese ejemplo, para lograr hombres transformados después y dignos de una vida mejor.

La teomanía influyó muy directa-

mente en el mundo en la formación de las crisálidas, y esta sábia consejera hizo que las orugas se fabricaran crisálidas *sui generis* y que al cabo de algunos siglos han venido á resultar contrahechas.

Según íbamos diciendo, doña Rosario y don Pedro encajonaron á sus dos hijas en la crisálida de la rutina, las enseñaron á no pensar, extravagancias elevadas á la categoria de culto y que ha dado pingües frutos.

Hay quienes se hayan encargado de pensar por los demás para evitarles esta molestia, que suele convertirse en herejía y en una porción de atrocidades; porque al principio se pensó que el mundo era para unos pocos, en cuyas manos estaba constantemente el cucharón.

Las pobres orugas cogidas desde chicas, se domesticaban en las manos

de los del cucharón y atravesaban esta vida, enclenques de cerebro, y tributarias perennes de esos bellos sujetos.

Se les confeccionó su *caminito* y su *más allá* y se les tuvo á raya, y así pasaron siglos.

Cuando una oruga resulta mala esposa ó mala madre, en virtud de su embrutecimiento, tenía una salida fácil: el infierno.

De manera que Mercedes y Angelita ya sabían á que atenerse en materia de Chucho el Ninfo; no amaban á sus maridos, ni se habían hecho amar de ellos tampoco.

—¿En qué consistirá esto? le pregunto Angelita á Mercedes, yo no quiero á mi marido.

—Ni yo tampoco.

—¿Para qué nos casariamos?

—Eso es lo mismo que yo digo.

—¿Y crees que se puede vivir sin amar?

—Es esa una vida muy triste.

—Y está una expuesta.....

—Ya se ve.

—Oye, dijo de repente Mercedes después de un rato de perplejidad, te voy á hacer una confidencia.

—Me das miedo.

—¿Peró cuento con tu discreción?

—Enteramente.

—Pues..... me enamora Chucho.

Angelita se puso colorada y tembló y se tragó esta frase: «A mí tambien.»

Aquella operación le pareció á Mercedes efecto de una sorpresa muy natural.

Pero no era eso: Angelita vió en Mercedes á su rival, y estaba sorbiendo ese veneno que corre con el nombre de *celos*.

Mercedes continuó:

—Chucho me visita todos los días y me ha hecho hace tiempo su decla-

ración; está enamorado de mí perdidamente.

—¿Y tú lo crees?

—Tengo pruebas.

—¿Cuáles?

—Sea esta por ejemplo: todas las muchachas se mueren por él, porque ya lo conocemos, es tan elegante y tan buen mozo y tan simpático.....

—Eso es lo que no tiene para mí.

—¿Qué no es simpático?

—Nó.

—Tú eres la única que lo dices. Pues como iba diciendo, todas las muchachas se mueren por él, y él á nadie le hace caso, á nadie quiere más que á mí, á pesar de que soy casada; y ya ves que no puedo menos de creer que su amor es verdadero, supuesto que siendo yo casada, me prefiere á muchas muchachas libres con quienes podría casarse.

—Esa es una prueba, pero.....

—¿Pero qué?

—Que eso es malo.

—Pues ya se vé que lo es; pero yo no sé que hacer.

Mercedes en esto hacía lo que todas: no saber que hacer.

—¿Qué me aconsejas?

—Que lo despidas.

—No puedo, daría un escándalo; además, ya se lo he dicho y me ama tanto que no se va.

—No lo recibas.

—Por no querer recibirlo hoy, creerás que tuvo valor para entrar á mi cuarto de vestir?

—¿Hasta allí?

—Allí me había yo refugiado.

—¡Qué audaz!

—Es muy audaz, repitió Merced haciendo un gestito con el que procuró finjir que la audacia de Chucho la in-

dignaba, y agregó:— Por más que hago no puedo enojarme con él.

—Pues estás perdida: figúrate qué pecado mortal estás cometiendo.

—Eso me da miedo.

—Pues á mí tambien me visita Chucho; pero la verdad yo le tengo mucho miedo al diablo y procuro por la salvación de mi alma; de manera que no apruebo tu conducta, ni la de Chucho, y desde luego me eximo de tomar parte en tus asuntos, porque no quiero ser tu cómplice ni tu confidente. Yo soy tan desgraciada como tú, pero á Dios gracias, no tengo como tú un diablo tentador en mi casa, y aunque á mi vez creo que á Chucho no le parezco mal, Dios me libre de caer en semejante lazo.

—Compadéceme, hermana, y no me abandones.

—Mientras seas buena no te aban-

donaré; pero llevando los pasos que llevas, tendré, á mi pesar, que dejarte entregada á tu suerte.

Cuando Angelita se separó de Mercedes, después de una larga conferencia, sintió que en su interior se operaba una reacción extraña. Sintió un vivo deseo de agradecerle á Chucho; y aquello que en su hermana afeaba con tanta rectitud lo deseaba ahora para sí; sentía su amor propio ofendido por la preferencia que Chucho daba á Mercedes.

Era mártes, y los mártes la visitaba Chucho por la tarde.

Angelita corrió á su tocador, se peinó de nuevo y se puso otro vestido.

—Quiero que Chucho me enamore abiertamente, que se declare, para probarle á Mercedes que sé despreciarlo, que soy una muger honesta, y que á pesar de tener un marido tan malo sé cumplir con mis deberes; este

será mi triunfo, porque al fin Mercedes no es mejor que yo. A mí me ha dicho Chucho que soy muy inteligente y muy... cómo me dijo?... muy espiritual. Pues bien, eso quiere decir que hay algo adelantado, esperarémos y yo haré que Chucho caiga á mis pies. Esto no es malo porque... así consigo que al enamorarse Chucho de mí rompa con Mercedes, y una vez quitado de su lado yo sabré quitarme de él, porque al fin no lo amo.

Angelita se hizo una pregunta como en secreto, y continuó: Quiero decir, lo aprecio, lo tengo cariño, pero no amo. Quiero que Chucho me ena-
Angelita empezaba á no creerse á sí misma. Poco rato después entró Chucho. Que soy una mujer honrada.
—¿Qué linda está usted esta tarde, Angelita!

—¿Por qué?

—Ese vestido blanco le cae á usted tan bien, que verdaderamente nunca me había parecido usted tan hermosa.

—¿De veras?

—Créalo usted, hija mía.

—No me diga usted hija.

—¿Por qué?

—Porque no es usted tan vieja.

—Es una frase de cariño.

—Así les dice usted á todas.

—A todas mis amigas.

—Y á las que son más que amigas?

—También.

—Pues no quiero que me diga usted hija.

—Le diré á usted... mi ángel.

—Eso es mucho para amiga.

—Precisamente por eso se lo digo, porque yo deseo....

—No vaya usted á decir una barbaridad.

—No diré más que lo que siento.

—¿Sí?

—Y lo que siento es un amor ardiente por usted.

—Eso no es cierto.

—Le daré á usted mil pruebas.

—Yo tengo una en contra de todas.

—¿Cuál?

—Que ama usted á mi hermana.

—Es usted una niña.

—Que tiene ojos.

—Y muy hermosos por más señas.

—No se trata de eso.

—Fué una digresión.

—Muy inoportuna, dijo Angelita sonriéndose.

Esta sonrisa fué un viento favorable.

Chucho se preparó para izar las velas.

—Si es ese el único inconveniente que usted tiene para amarme, ese inconveniente desaparecerá como por encanto, á la primera sonrisa de usted, Angelita.

—¿Nada más con la primera?

—Nada más.

—Pues es muy fácil, dijo Angelita, acuñando una sonrisa expresamente para aquel acto.

Chucho la recogió haciéndole todos los honores, tomó las manos de Angelita y las estrechó entre las suyas con pasión. Los dos habían triunfado.

Chucho se felicitaba de haber empleado tan poco trabajo en aquella conquista, y Angelita creía estar haciendo una obra meritoria con apartar á Mercedes de un mal paso.

En ese mismo día Chucho había recibido una nueva repulsa de Mercedes y se propuso aprovechar con Angelita

el tiempo que perdía con la hermana sequiva que se consagraba de nuevo á la reparación y al arrepentimiento.

Por lo visto ni Mercedes ni Angelita habían sabido cautivar el corazón de sus respectivos maridos; ni mucho menos habían sido bastante fuertes para triunfar de la difícil situación en que una mujer se coloca cuando siente vacío el corazón.

La dulce compañera del hombre no tiene más que dos maneras de ser: ó ser la compañera de un hombre, ó estar próxima á serlo; quiero decir, solo la novia y la esposa están bajo el amparo de la ley natural.

En todas las demás situaciones, inclusa la viudedad, la mujer es una hoja suelta, que vuela y se agita á merced de todas las vicisitudes, sin más apelación que ésta: la vejez.

En una palabra, la crisálida moral

de Mercedes y Angelita, era insuficiente é imperfecta; estaban próximas á ser mariposas y esta transformación debía ser fecunda en peripecias curiosas y en resultados peligrosos.

